

Los cafés que dejaron de serlo

10.02.2010

ESPAÑA está dejando de ser un país de cafés para convertirse en un país de bares. Lamento mucho esta transformación, aunque comprendo que refleja una realidad sociológica.

El bar encaja en la cultura de la prisa en la que estamos instalados: es el paraíso de lo instantáneo. En cambio, a los cafés sólo se va cuando nos sobra el tiempo. Por eso, están tan frecuentados por estudiantes y viejos.

Yo he sido un gran aficionado a los cafés. En los años 70, me pasaba muchas tardes en el Comercial, situado en la glorieta de Bilbao y fundado durante la Restauración. Me encantaba tomar chocolate con picatostes. Creo que alguna vez escuché un chotis que alababa el café de este local tan madrileño donde se jugaba al ajedrez.

Me gustaba también mucho el desaparecido café Lyon, situado en la calle Alcalá. Durante la República, tenían allí una tertulia intelectuales de derechas como José Antonio, Foxá y Sánchez Mazas. Era un sitio tétrico y oscuro, lleno de mesas, con unos camareros que servían fatal. La progresía no entraba en este local porque se decía que había sido un restaurante muy visitado por los nazis en los años 40.

La tenebrosidad del Lyon era óptima porque facilitaba la discreción de las relaciones, todo lo contrario del café Gijón, donde siempre he tenido la sensación de que la gente iba a exhibirse o a mirar.

El Comercial y el Lyon era refugios contra la hostilidad del mundo en los que el tiempo parecía detenerse. Me aburrí, escribí cartas de amor, me enamoré, me sentí profundamente desgraciado y feliz en estos dos cafés, donde conocí a tanta gente. Bastantes de ellos, verdaderos chalados.

Me produce mucha tristeza comprobar cómo van cerrando todos estos viejos antros de mi juventud. Hace unos meses, estuve en Burgos y se me partió el corazón al ver cerrada la cafetería Espolón, que tenía varios pisos con unas mesas desde las que se dominaba el paseo.

Los viejos cafés no sólo eran el escenario perfecto para las relaciones amorosas. Servían también para pensar, leer y escribir e incluso para desahogarse con un camarero de confianza. Eran una especie de segundo hogar, cálido y acogedor en los largos inviernos castellanos.

Desde los tiempos de Larra, creador de una tertulia llamada El Parnasillo que se reunía en el café del Príncipe, no se podría escribir una historia de este país sin glosar las conspiraciones que se han fraguado en estos

lugares que inspiraron a escritores como Galdós, Baroja y Valle-Inclán.

El espíritu de muchos de los personajes que los frecuentaban ha debido quedar flotando en sus paredes o entre sus ruinas, de suerte que hace tiempo que no piso el Comercial porque tengo miedo a perturbar la tranquilidad de los fantasmas que lo habitan. Yo también debo de ser un espíritu errante que vaga por esos vetustos cafés llenos de humo que guardan esa sensación de plenitud de cuando eramos jóvenes y el tiempo era eterno.
